

LA VIDA CONTEMPLATIVA EN EL PROCESO SINODAL DE LA IGLESIA¹

**Hna. Ernestina
Álvarez Tejerina, OSB²**

Resumen:

La vida contemplativa es una forma diferente de participar en la sociedad y en la humanidad. Es una vida creadora de verdadera humanidad, un camino de fe que se inserta plenamente en la Iglesia caminando en comunión con todas/os. La vida contemplativa supone una respuesta de sentido de vida. Es una invitación a mirarnos por dentro. Como comunidad de inclusión y diálogo, comunidad donde se comparte y se celebra la fe, es fuente de alegría y esperanza para todos los que se acercan a los monasterios. Su mensaje al mundo puede ser afirmar que el comienzo de todo ser humano está en Dios, que ese ser humano es un buscador de Dios y que el principal sentido de su vida es orientarla hacia la búsqueda del Absoluto. Afirma también que la llamada a la

existencia que Dios hace al hombre es una llamada de amor y para la alegría, y que ya desde ahora el ser humano puede vivir la totalidad de su destino, lo que le convierte en un ser abierto a la esperanza.

Palabras clave: vida contemplativa, proceso sinodal, experiencia de vida, monasterios.

Agradezco al Equipo Editorial de la Revista CLAR la confianza que ha puesto en mí al encargarme este artículo referente a “cómo la vida contemplativa está acompañando el proceso sinodal de la Iglesia”. Quiero advertir que escribo desde mi experiencia de vida monástica benedictina, pero con la esperanza de que pueda ser bastante representativa de la vida contemplativa.

También deseo aclarar que no soy teóloga, ni especialista en eclesiología o en otras ciencias religiosas. Solo pretendo transmitir, con sencillez, una experiencia demostrada de que la vida contemplativa lleva en sí misma muchas estructuras de sinodalidad.

¿Desde cuándo la vida monástica benedictina se expresa como **sinodalidad**?

Desde el s. VI en el que fue organizada por San Benito. Nuestro carisma es una constante manifestación de un “caminar juntas”. Una mirada a la regla de San Benito y a su vida, relatada en los Diálogos

¹ Regla de San Benito (RB). Con glosas para una lectura actual de la misma por el abad Cassiá M. Just. Zamora: Ediciones Monte Casino, 1983.

² Integrante del Monasterio de Santa María de Carbajal. León. España.

de San Gregorio Magno, nos descubre que su antropología logra sintetizar, consolidar y desarrollar el cuerpo de la sinodalidad actual haciendo una importante aportación al desarrollo de la misma.

Palabras sinodales que resuenan en la vida monástica

La escucha y el aprendizaje

San Benito presenta al que llega un camino de “escucha”. Así empieza la Regla benedictina (RB): “Escucha, ioh hijo!, los preceptos de un maestro, inclina el oído de tu corazón” (Prol.1). El monje entra en una “escuela del servicio divino” (Prol 45), en un taller del arte espiritual (RB 4), para aprender y ejercitarse en la vida monástica.

Comunión de vida

El que llega a un monasterio encuentra una familia, un padre bondadoso: “Acoge con gusto la exhortación de un padre bondadoso” (Prol. 1) y también hermanos con los que tiene que relacionarse, compartir la vida (RB 1). Las comunidades contemplativas las formamos unas hermanas, convocadas por Jesucristo, que caminamos en comunión de vida buscando a Dios. El monasterio es para nosotros nuestra familia y la comunidad nuestra primera referencia interpersonal, nuestro interlocutor humano más importante, el lugar que

ha llegado a ser, sin ninguna duda, nuestra casa.

Asumimos todas una profunda responsabilidad en el cuidado de unas para con otras, con el objetivo de que la comunidad sea un auténtico lugar de comunión, de sinodalidad. Creo que esto es muy atrayente para una sociedad actual con personas que buscan intensamente un lugar de pertenencia. Lo que más nos caracteriza, por tanto, es la vida comunitaria y lo compartimos todo. La totalidad del ser humano; todas sus dimensiones se ven implicadas, los aspectos físicos y materiales, emocionales, intelectuales y espirituales.

El diálogo

El tema del diálogo es cada vez más apremiante para nuestras comunidades contemplativas y esto no porque sea una tendencia moderna o actual. En nuestro caso concreto, radica en las entrañas mismas de la Regla de San Benito. En toda ella, pero sobre todo en el cap. 3, se observa en San Benito una estructura de consenso, dialogalidad, sinodalidad, que no quiere excluir a ninguno de los miembros, sino que busca la inclusión y la participación de todos.

Benito tiene presente que, en las reuniones comunitarias, deben participar también los más jóvenes, “porque muchas veces el Se-

ñor revela al más joven lo que es mejor” (RB 3,3). En el nuevo modelo social benedictino todos los miembros contribuyen en la toma de decisiones.

Somos muy diferentes pero el ideal al que aspiramos, mediante el diálogo, es integrar todas estas diferencias, no en la uniformidad, pero sí en una unidad sin divisiones. La religiosa contemplativa realiza su vida en un constante diálogo: con Dios en la oración, con la abadesa o priora en el íntimo acompañamiento espiritual, con las hermanas en el caminar juntas, con los huéspedes que acuden a los monasterios.

Relación

Muchas páginas se han dedicado a hablar del silencio y soledad como características importantes de la vida contemplativa. Yo quisiera centrarme brevemente en otro aspecto: su capacidad relacional.

Relación intracomunitaria:

San Benito, al subrayar la dimensión relacional de la vida monástica, insiste en nociones como el encuentro y el diálogo, que consideran necesarios para la configuración de la identidad personal. Queda claro que su centro de interés es la persona humana, fin en sí misma, pero no encerrada individualistamente, sino abierta a la comunión con el otro, y ordenada a la trascendencia. La vida contemplativa es esencialmente relacional.

Las relaciones monásticas tienen unas particularidades propias. Son muy enriquecedoras porque se da una simbiosis muy especial. Nos entregamos unas a otras la fuerza física y la espiritual y esto nos permite alcanzar con facilidad objetivos inalcanzables. Nos damos confianza y seguridad unas a otras. Gracias a esto podemos acometer cualquier empresa y afrontar grandes retos como un equipo invencible. Se da un ámbito de unidad y profundidad en el que la voluntad de Dios va abriéndose camino, todas buscando la verdad mediante el diálogo.

Me atrevo a sugerir las pautas sobre la vida relacional comunitaria que da San Benito en su Regla por si pudieran ser válidas también para otras personas. “Que se anticipen a honrarse unos a otros; que se soporten con la mayor paciencia tanto sus debilidades físicas como morales; que se obedezcan a porfía unos a otros; que nadie busque lo que le parezca útil para sí, sino más bien lo que lo sea para los otros; que practiquen una caridad fraterna desinteresada; que amen a Dios; que amen a su abad con afecto sincero y humilde y que no antepongan nada a Cristo el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna” (RB 72).

Descubrir una nueva forma de ser comunidad, familia

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las

Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) presentó, en marzo de 2017, el documento "A vino nuevo, odres nuevos", un texto que ahonda en la renovación de la Vida Consagrada. En el número 24 del citado documento, el papa Francisco dirige una apremiante invitación "a todas las comunidades del mundo" pidiendo, especialmente, un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente: "Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis".

En la actualidad se nos llama a profundizar más en la comunión y, sobre todo, a humanizar nuestras comunidades con una mayor cercanía, familiaridad y comunicación mediante el diálogo. Debemos, por tanto, emplear todas nuestras energías en construir la comunidad para que sea un auténtico lugar de comunión, de intercambio, donde el amor mutuo sea practicado por cada una de las monjas en su trato diario; donde el amor sea el aire que se respira constantemente en el monasterio.

Aportación de la vida contemplativa a la sinodalidad

1. El trabajo espiritual

La principal aportación de la vida contemplativa a la sinodalidad es el trabajo espiritual, que es una actividad que, vista externamente, no

tiene expresión propia, sirve para muy poco y, sin embargo, posee una gran fuerza transformadora. Las monjas saben que el camino espiritual que recorre cada uno es importante para toda la humanidad porque todos estamos entrelazados. Este apartarse del mundo no las lleva a desentenderse de él.

Las monjas nos enfrentamos con la realidad y, en vez de mirarla solo de una forma visible y conceptual, la vemos desde nuestra propia experiencia existencial contemplativa, que la redimensiona y asciende a una dimensión superior. No anula lo visible, sino que le aporta una dimensión de transcendencia. La contemplación es siempre una experiencia de vida, no de salirse de ella. Es la vivencia de dos mundos unidos: el material y el espiritual.

La monja se da cuenta de que para solucionar los problemas de su tiempo son necesarios ciertamente instrumentos políticos, económicos, jurídicos... pero intuye que es imprescindible, sobre todo, una renovación espiritual como nueva savia vital para el ser humano y se dedica a pedir esto a Dios para toda la humanidad.

Sirve al mundo haciéndose portavoz de la humanidad ante Dios. Ora como miembro de ella y transforma el mundo por el mero hecho de su existencia. La vida contemplativa ayuda al mundo no tanto de manera activa como de una manera existen-

cial. La monja no sale del mundo, sino que hace salir al mundo detrás de ella para conducirlo a Dios.

Nuestra vida contemplativa es una forma diferente de participar en la sociedad. Es una vida interiorizada, pero no ensimismada. No somos un colectivo que nos queramos proteger del mundo, sino una forma de disponibilidad que nos permite mirar la vida desde una perspectiva un tanto especial, con una mirada apreciativa como la que Dios tiene. Por eso necesitamos un tiempo y espacio adecuado, cierta soledad y silencio, pero creo que esto no nos define. La contemplativa se asoma al misterio de Dios, a su intimidad, y percibe algo de su luz y desde ahí puede entregarse a los hombres, hablarles de Dios.

Echando una mirada a nuestro alrededor nos damos cuenta de cómo está el hombre de nuestro tiempo. La prisa, el vértigo, el estrés, la superficialidad de la comunicación que le llevan a una profunda soledad, al individualismo y al aislamiento buscado unas relaciones marcadas por la rentabilidad, el utilitarismo, la eficacia... nada es gratuito, todo tiene un precio, relaciones también marcadas por el afán de poder y de dominio, por la desconfianza y la sospecha.

La vida contemplativa, por su sola existencia consagrada enteramente a Dios, propone la gran respuesta al sentido de la vida para

el hombre de hoy y de todos los tiempos. Para nuestras prisas: un ritmo de vida lento, orante. Para el ruido: un silencio hecho escucha y lleno de respeto. Para el individualismo: la vida de comunidad, en la que se experimenta una verdadera fraternidad. Para el utilitarismo: La gratuidad de una vida entregada sin esperar nada a cambio. Para el materialismo: La experiencia de la trascendencia. Para el absoluto del hombre: El Absoluto de Dios.

2. La acogida

En el número 4 del documento citado anteriormente, se habla de los avances dados por el Concilio Vaticano II en cuanto al diálogo y apertura de la Vida Consagrada al mundo, con nuevas formas de relación que deben basarse, sobre todo, en un clima de confianza exponiéndose a los riesgos que esta apertura supone. También la vida contemplativa debe afrontar este reto desde su especial misión en la Iglesia.

Hoy la sociedad pide que abramos nuestros monasterios para conocer y experimentar nuestra vida. Deberíamos ser un constante recordatorio de la primacía de Dios en todo, una especie de alarma, de despertador para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El monje debe confrontarse con la vida, ser la conciencia crítica del momento, conocer la realidad de la que forma parte y comprometerse, desde su estado, en su transformación.

Quizás tenemos que luchar contra una cierta visión aristocrática y empobrecida de la vida contemplativa que la convierte en una vida ensimismada, que guarda silencio frente a los problemas sociales, una vida para privilegiados. Las contemplativas no nos definimos por lo que nos diferencia de los demás y mucho menos aún por sentirnos mejores que el resto. Somos monjas para mantener encendido en el corazón de cada hombre el deseo de Dios.

Cuando uno llega a un monasterio de vida contemplativa se sorprende porque, a pesar de una cierta distancia física de la sociedad, o quizás gracias a ello, encuentra personas que son especialmente sensibles a todos los problemas e interrogantes de los hombres y mujeres de su tiempo y saben dar respuestas válidas no solo para su época sino para todos los tiempos. *"Monje es aquel que está separado de todos y unido a todos. Y monje es aquel que se siente uno con todos por la costumbre de verse a sí mismo en cada uno"* (Evagrio Póntico).

Las personas están buscando lugares de acogida y de escucha, de testimonio de vida común, y este es nuestro mejor modo de evangelizar. Otros aspectos de nuestra apertura al mundo es compartir nuestro carisma con laicos formando fraternidades, asociaciones, oblatos, etc...

3. Oración

Por supuesto que acompañamos el Sínodo con nuestra oración unida a la de toda la Iglesia.

¿Cómo estamos viviendo desde nuestra vida contemplativa la sinodalidad referente a los jóvenes?

Con empatía, con alegría, porque vemos que los jóvenes descubren, dentro de ellos, sonidos interiores que nada tienen que ver con los ruidos de un mundo exterior deshumanizado.

Con una enorme esperanza, al observar que expresan un auténtico deseo de abrirse a la "Verdad" en compañía de otros, compartiendo la fe y el servicio a los más pobres y necesitados.

Con el deseo de hacerles llegar nuestra herencia monástica con sus valores. La alabanza a Dios realizada mediante la celebración del Oficio Divino, la vida de comunidad, profundamente familiar y humana en la que se comparte todo y principalmente la fe, el trabajo, la acogida a los huéspedes, el silencio, el estudio, el contacto con la Palabra de Dios...

Con la presencia física y cercana. Siempre nos alegramos cuando los jóvenes se acercan a nuestras

comunidades y los conocemos. En esos momentos nos surgen unos fuertes deseos de que sean felices.

Durante todo este sínodo y siempre deseamos ser un verdadero hogar espiritual para todos los jóvenes que buscan a Dios, una guía para los desorientados y una "familia" para los solitarios, que sean capaces de abrir sus corazones a Dios y les lleve al seguimiento de Jesucristo, llenos de fe y esperanza. Que encuentren pronto esa gran fuerza del Espíritu Santo que les conforte e ilumine.

¿Cómo podría terminar ya este artículo?

Señalando algunos principios fundamentales:

Las comunidades de vida contemplativa deben expresar y responder a esta cultura del encuentro como ejercicio de sinodalidad con su capacidad de interacción con la realidad, buscando el modo de hacerse presentes, principalmente como hospitalidad que abraza todas las diferencias y da un sentido de vida.

Debe quedar clara la dimensión innovadora, creativa y profética de la vida contemplativa y en estos tiempos complejos se le pide promover el cambio y apoyar la construcción de la casa común, que respete todas las formas de creencias y se interese por el bien de todos los hombres.

Termino con un deseo. Que no pase con la sinodalidad como con aquel hombre que sentía una pasión tal por los dragones que tenía su casa llena de pinturas, grabados, esculturas y todo tipo de reproducciones de ellos. Cierta día, enterado del caso, un dragón de verdad bajó del cielo para conocerle. Asomó la cabeza por una de las ventanas de la casa de aquel hombre pensando que le daría una gran alegría. Pero sucedió todo lo contrario, el hombre quedó aterrado y huyó a toda prisa lleno de pánico.

Nos puede pasar lo mismo con la sinodalidad, quedarnos en charlas, encuentros, congresos... en las cosas solo teóricas sin pasar nunca a la práctica. La sinodalidad es un camino de transformación mediante la práctica no mediante el conocimiento.